

## VIII

Un escritor venatorio del Norte-América nos proporciona algunos interesantes datos acerca del oso.

«Los sabios de este país,—dice,—profesan distintas



Una víctima

Uno de nuestros criados, que goza fama de excelente cazador de osos, narró lo siguiente:

«Cuando pasé el primer invierno en los bosques de este país, prestaba mis servicios de cocinero á unos viajeros. Mi profesión me robaba apenas la mitad del tiempo, de modo que entre las dos comidas me permitían hacer una excursión en el bosque.

Regresando una tarde de una de estas expediciones, oí el ladrar de una perra doga muy grande, que teníamos en nuestro rancho: estaba dando de parada: y, como yo sabía que no tenía esa habilidad cazando piezas de las más comunes, corrí al campamento á coger mi arma, y, provisto de municiones, me precipité al sitio donde

opiniones acerca del modo como viven en invierno los osos de América<sup>(1)</sup>.

Unos afirman que semejantes alimañas se entregan al sueño durante el invierno, y que, cargados de grasa, de ella se mantienen durante dicha estación. Opinan otros que el cuerpo de estos animales disminuye con el calor atmosférico, cayendo en un sueño reparador que impide la pérdida de las sustancias musculares y óseas.

la doga ladraba, á unos cincuenta pasos del rancho. Llegado allí, sufrí un desengaño; vi que ladraba á un agujero debajo de las raíces de un árbol gigantesco. Disgustado, me proponía castigar al perro, cuando vi un montón de matas de yerbas recientemente cortadas, que obstruían la entrada del agujero. Había oído yo relatar muchas historias de caza, y por consiguiente supe lo que aquello significaba. Sólo un animal en todo este país occidental tiene bastante inteligencia para obstruir la entrada de su cueva con yerbas cuando se halla el mismo dentro. Lleno de emoción, saqué los plomos

(1) I. V., 1879.



de la escopeta, sustituyéndolos con postas, y, levantando las raíces del árbol, introduje el cañón de mi arma en la cueva, haciendo fuego á la ventura. El éxito fué sorprendente.

Merced á una fuerte impulsión de sus patas posteriores, saltó fuera de su cueva, arrojando tierra por todas partes, y, en menos tiempo del que necesito para relatarlo, hallóse frente á mí el oso más descomunal que he visto en este país. Fué el primero que vi, y su tamaño gigantesco, más colosal de lo que yo me había figurado, me llenó de pavor.

Al salir de repente á la luz, el animal debió quedar deslumbrado un momento, pues, moviendo los párpados, quedó inmóvil.

El perro se hallaba, entre los dos, á un lado, y permanecía como una estatua, con los pelos de punta, mirando al oso con sus ojos fijos y encendidos; pero la fiera empezó á mover la cabeza á derecha é izquierda para descubrir al atrevido que había osado interrumpir su tranquilidad.

Así que la alimaña se acostumbró á la luz y me divisó, echó las orejas hacia atrás, y, con un gruñido semejante al resoplido de una locomotora, aquel animal tan torpe se abalanzó hacia mí con la agilidad de un gato. Impulsado por el natural instinto de conservación, di un salto que me puso á distancia de él; y, dejando caer el arma, empecé á trepar lo mejor que pude por el tronco de un árbol.

Por fortuna, el oso no me persiguió; pues, en el mismo momento que se abalanzó hacia mí, la perra le había atacado por la espalda, obligándole así á abando-

narme, dándome tiempo de subir hasta la copa del árbol, desde donde pude observar la lucha.

La perra no cesaba de atacar al oso, pero sin ponerse al alcance de sus garras.

Tras inútiles tentativas, viendo la fiera que no podía apoderarse de mi leal defensora, se resignó, tratando de internarse otra vez en su cueva; pero, atacado de nuevo por la perra, tuvo también que desistir, y se internó en el bosque á grandes trancos, seguido de su perseguidora.

Después que hubieron desaparecido, descendí del árbol, cogí mi arma y la cargué de nuevo. Entretanto, recuperé mi perdido valor, el instinto cazador brotó de nuevo en mí, y determiné arriesgarme á tirarle otro escopetazo.

Pronto alcancé al oso, que se paraba sin cesar para hacer frente á la perra, que le iba á los alcances.

Me había propuesto acercarme á él á diez pasos de distancia, para poder conseguir buen resultado tirándole de cerca. Pero así que volví á ver al animal, la idea de que pudiera errar el tiro me llenó de pavor; y tengo que confesar que la excitación de mis nervios no me permitía acercarme demasiado.

El oso, en uno de estos altos para rechazar á la perra, se hallaba cerca de treinta pasos de mí, y aprovechando la circunstancia de presentarme el flanco, disparé la doble carga de mis cañones. El tiro fué soberbio, porque casi me hizo caer de espalda. La piel y la capa grasa del oso impidieron que las postas alcanzasen las vísceras vitales; pero las heridas debieron ser muy dolorosas, porque excitaron el furor de la fiera.

Los gruñidos de ira y de dolor lanzados por la fiera no los olvidaré en todos los días de mi vida.

Temeroso, me encaramé en el árbol más próximo; pero el oso me siguió con pasmosa agilidad á pesar de la herida y de colgarse de él la perra.

El oso no prestaba la menor atención al can, sino que, arrastrándolo tras sí, cual si fuera una pluma, llegó al pie del árbol antes de hallarme fuera de su alcance.

Creuyendo, sin duda, el oso, tenerme á mí seguro, se volvió furioso hacia la perra, rechazándola un gran trozo y volviendo á la carga hacia el árbol; pero mi fiel animal le hacía presa siempre que intentaba trepar, soltándole en el momento en que se volvía. Privado varias veces de llegar hasta mí, terminó el episodio como poco antes, retirándose el oso, perseguido por la perra.

Durante este tiempo formulé la opinión de que una

cacería de osos, considerada como *sport*, tiene muy poco de agradable, y ofrecí, si sacaba el pellejo ileso, dedicarme exclusivamente al arte culinario, haciéndome un cocinero modelo, y colgar los avíos de caza para siempre.

Así que pisé tierra firme, á pesar de mi propósito, no pude contenerme sin seguir el rastro de sangre que dejaba el oso, con la sola idea de ver el efecto que habían producido mis tiros.

El oso perdía sangre, y cuando seguí su rastro observé una sustancia en forma de morcilla, próximamente de 2 pulgadas de grueso y 6 de longitud, que había sido depuesta por el oso, seguida de un líquido negro como la tinta, y que se extendía sobre el rastro á unos 100 pies de distancia. El líquido debía hallarse en cantidad de algunos litros.

Quedé asombrado. No era pues una fábula la narración de los cazadores, de que el oso al ingresar en los cuarteles de invierno se provee de un tapón. Examiné aquel extraño cuerpo con detención, y en vano traté de romperlo: era duro como el cobre y negro como la pez.

Desde entonces he tenido ocasión de abrir muchísimos osos, y en todos los muertos durante el invierno observé los mismos tapones, situados á la extremidad del recto, y no solamente obstruyen el intestino, sino que están adheridos completamente por todas partes, impidiendo de todo punto el paso del aire.

En todos los osos hallé los intestinos sin excremento, pero llenos del líquido negro de que antes he hecho mención, y que parece tener propiedades muy astríngentes. Esta sustancia es producida por el oso, ó la recibe el animal de ciertas plantas. No puedo darme otra explicación.

Volviendo otra vez al oso con que empecé mi narración, fué encontrado al día siguiente por dos de nuestros operarios, á dos leguas de distancia, en una nueva cueva, en donde le dieron muerte. Hasta aquí la relación del criado.

En el otoño de 1880 se organizó una cacería en Chicago, en la que resolvimos probar nuestros Remington en el pellejo de algunos osos, en la parte baja del Mississipi.

El día 19 de Noviembre llegamos á nuestro campo, siendo muy bien recibidos del tío Joé, cazador de osos muy conocido de aquella región, el cual puso su excelente jauría á nuestra disposición desde luego, y como aperitivo de lo que habíamos de gozar durante nuestra permanencia en aquel punto.

Á la mañana siguiente nos hallábamos ya dispues-

tos á cazar. Salimos al campo llenos de esperanzas y ávidos de emociones, y la suerte quiso que al poco rato los perros descubrieran un oso.

No creo tener necesidad de decir que nuestro cora-

zón latía con violencia, y que nuestros músculos tenían una gran tensión en el momento en que el oso apareció, perseguido por los perros. La maraña tendría, próximamente, unos 500 metros de anchura,



Persiguiendo un oso

y estaba rodeada de prados, sobre los cuales podíamos perseguirle con nuestros caballos. Así cazamos, corriendo algunas veces por caminos difíciles. Por último, oí la jauría á orillas de la maraña, que venía en dirección mía. Echéme la carabina á la cara, cuando de repente vi á los perros sin el oso, que había tomado otra dirección, obligando á los perros á hacer un alto.

Pero los inteligentes animales retrocedieron sobre el camino, y volvieron á batir a la vista de la res, persiguiéndola en dirección de la otra orilla en que yo me hallaba; allí justamente se hallaba mi compañero, pero llegó tarde para cortar la dirección del oso, que se internó en la espesura, perseguido de cerca por los perros.